

ESTUDIOS SOBRE EL GUANACO

POR EL

R. P. **Rafael H O U S S E**

El género *Auchenia*, que pertenece a la familia de los Camélidos, al suborden de los Rumiantes, al orden de los Artiodáctilos, comprende, según unos naturalistas cuatro especies diversas, y según otros una especie y tres variedades o razas: guanaco, llama, alpaca y vicuña. La más fundada y universal opinión afirma que el guanaco es el agriotipo, la forma primitiva salvaje que aún se conserva en su estado original y completo, mientras que las tres otras son derivaciones perfeccionadas, debidas al hombre en la obra de domesticación. Lo que buscaron los indios, desde la más remota época incaica, fueron animales más robustos y de lana de mayor utilidad y valor: la fuerza, la consiguieron en una variedad, en las llamas (*Auchenia lama*), de cuerpo más micozo, de un metro de alzada, y de colores antoiadizos: la finura del pelaje, la obtuvieron en la alpaca (*Auchenia pacos*), de ochenta centímetros hasta la cruz, y de un vellón largo, suave, lustroso y de matices muy cambiables, y en la vicuña (*Auchenia vicuña*), de noventa centímetros de alto, de pelo muy delgado y crespo, y de un mismo amarillento rojizo. Llamas y alpacas no se conocen sino en rebaños sometidos al hombre en el Perú y Bolivia; la vicuña, por el contrario, ha vuelto a la libertad bravía de las cordilleras, en dichos países y en el Ecuador.

En cuanto al guanaco (*Auchenia guanicoe*), al leer en distintos autores estudios sobre él, eché de ver que más de una nota y costumbre de la especie no están estampados aún en los libros zoológicos. Como repetidas veces fuéme dable conversar extensamente con mi finado amigo D. Miguel Etchepare, el más insigne cazador de guanacos que haya vivido en Chile, y a la

vez muy observador en sus anuales excursiones andinas de Enero, y por lo tanto el más conocedor de la existencia de aquellos camélidos, parecióme interesante reunir y ordenar los datos que me suministraron su tan larga experiencia y comprobaciones personales, y cuyos apuntes tomé con una escrupulosidad fiel. Las entrego aquí completadas con otros pormenores, sacados de otras fuentes por igual fidedignas.

1.º EL REBAÑO: En la actualidad, yerran los guanacos en las encumbradas mesetas y valles pastosos de la Cordillera, mayormente en el lado argentino. A la llegada de los españoles, habitaban las llanuras del país, en manadas libres o domésticas; sólo ante la progresiva persecución del hombre batiéronse en retirada, acogiéndose gradualmente, primero a las laderas, y por fin a las alturas andinas. Allí forman rebaños de diez hasta cien cabezas: hembras adultas y jóvenes de uno y otro sexo, bajo el dominio absoluto de un sólo jefe. Los demás galanes que no han logrado atraerse compañeras viven, o en hatos dispersos y vagos, o aislados y errantes a la ventura, hasta el día de más feliz suerte. El caudillo de una manada toma la dirección y defensa de su harem nómada: tanto en los apacentaderos como en los descansaderos vigila constantemente todos los contornos con ojo avizor, y al descubrir la presencia o sospechar la proximidad de algún enemigo, dá un balido especial que pone sobre aviso a toda la familia, la cual se apresta en el acto para huír. Si dá un segundo relincho, hembras y jóvenes emprenden fuga veloz, cubriendo él la retirada general, pronto para recibir los primeros golpes del perseguidor, empujando con vigorosos cabezazos a los más lerdos y los más débiles para estimular su carrera. La agudeza de su vista y lo desconfiado de su astuta experiencia le ayudan no poco en sus preocupaciones de rey responsable. Cierta mañana en que el señor Etchepare orillaba cabalgando la laguna de El Diamante, divisó a 1.200 metros, al pie de una loma, bultos con aspecto de piedras:

era un hato de guanacos en quieta rumia. Momentos después estiróse una de las supuestas rocas: era el macho que ya había linceado el peligro, y se ponía de pie para atajarlo mejor. Recostado sobre el alazán, recorrer unos doscientos metros más, en tanto que el guanaco, inmóvil, alargado el pescuezo, lo escudriñaba. Dió entonces éste su balido de alerta, y la manada entera se levantó cual movida del mismo resorte. Dos minutos pasaron en un supremo examen, sonó un relincho, y volviendo grupas se alejó la bandada a galope tendido.—El macho que no conoce aún al hombre, hace gala de valentía: se adelanta fieramente, sólo, erguido, soberbio, dando cierto gruñido de desafío y cólera, listo para trabar pelea y sufrir el primer choque del extraño atacante.—Cuando algún rebaño desciende por laderas hacia un abrevadero, lo precede el capitán unos cuantos metros: mientras éste avanza, el hato entero, plenamente confiado en él, retoza y cabriola sin cuidado en sus huellas: pero, a cada quince pasos de caminar, se detiene tomando el viento y oteando los contornos y cada vez hembras y jóvenes suspenden sus juegos, y clavan en él la vista en demanda de dirección y órdenes.

El dominio de una manada es totalmente indivisible: por lo cual, tan luego como los machos jóvenes han cumplido cinco o seis meses y demuestran pretensiones conquistadoras, su mismo padre les dá a entender que están demás en la familia: los maltrata, los expulsa a viva fuerza con mordiscos y patadas, y a los recalcitrantes los persigue hasta considerable distancia del harem. Si más tarde regresa, esperanzado en sus juveniles bríos y en su buena estrella, trábase una lucha parricida que dirime las aspiraciones y los derechos al imperio. Lo propio sucede si, en el vagabundear por montes y barrancos, se produce el encuentro, o de otro grupo ya constituido, o de algún solitario en disposiciones de desposeer al rey de un rebaño. Mientras paca la grey, indiferente a la justa que se arma, cada macho sale a la palestra, y sin preámbulo ni ulti-

mátum se sueltan ambos a un encarnizado combate cuerpo a cuerpo, en que forcejean todos los músculos de cada luchador y en medio de gruñidos y salivazos, canjean coces terribles; a dentelladas se despedazan los labios, orejas y mejillas; enlazan sus alargados y flexibles cuellos, y haciendo palanca uno en otro, tratan de derribarse mutuamente. Cuando cae, por fin, uno de los atletas, lo patea el otro con insaciable furor, y no cejan en el duelo hasta que uno, y ambos a veces, quede tendido y sangriento en agotamiento completo, o vaya a rodar, al empuje del vencedor, por las pendientes de la montaña o las asperidades de un precipicio. Coronado de heridas, el glorioso triunfador se señorea de las dos manadas que se funden en una, y conserva el imperio hasta que una derrota se lo quite. La cautividad no amansa esta rabia de los celos, y en un fundo próximo a San Bernardo pudimos presenciar la pelea a muerte de dos guanacos que bregaron hasta la extenuación, sin que nadie fuera capaz de separarlos.

A los diez meses de preñada, pare la hembra comúnmente un chicuelo, a veces dos, por rarísima excepción tres. Lo cuida con extremada ternura y esmero. Como es sumamente friolento, su primer peligro son las fuertes heladas de las cumbres, conforme el señor Etchepare lo comprobó en repetidas ocasiones. Siempre que capturaba algunos de esos mamones, los guarecía en su propia tienda de campaña, a prueba de la exterior intemperie; y sin embargo, a pesar del ambiente más templado del pabellón, amanecían muertos por el frío. A duras penas, y abrigándolos con cobertores, logró salvar tres o cuatro. ¿Qué hace, pues, la guanaca para preservar a su cría contra los mortíferos alcances del frío? Don Miguel le sorprendió el secreto. Allí donde los coge la noche, la madre, ya sea sola, ya sea con la cooperación del macho, escarba el suelo y con las uñas abre una concavidad capaz para alojar al hijuelo, el cual se acuesta en la improvisada cuna, y encima de él se alargan sus progenitores, como frazadas

vivas. En más de una mañana hermosa, dió el cazador con estas cunas de familia que siempre lo dejaron maravillado por el instinto y cariño maternal que revelaban.

Otro enemigo del guanquito es el cóndor. El mismo señor Etchepare fué testigo de un ataque de esos rapaces. Por un amanecer nebuloso, acababa de salvar una cresta, cuando, en una meseta propincua, divisó un bulto indeciso en movimientos confusos. Desmontóse, y acercándose distinguió que eran cuatro cóndores rodeando a un guanquito. Puestos en círculo, erguidos cuanto podían, batían ruidosamente las desplegadas alas, dando a la vez resoplidos y chillidos: maniobra toda para acoquinar a la codiciada presa. Al mismo tiempo, cada cual adelantaba por turno, empeñado en dar una picotada en el ojo del animalito, que, en este cerco fatal, esquivaba lo mejor posible los golpes, lanzando gritos de espanto y llamadas de auxilio. A seis pasos de ahí, contemplaba la madre, balando y llorando, el dramático cuadro, pero sin hacer el menor intento por arrancar su prole a los salteadores. Cargándoles con ímpetu y acometiéndolos a patadas, parece que le habría sido fácil dispersarlas y libertar a la cría, pero tal idea generosa no se le ocurrió, o quizás se le amilanaba el corazón por el aspecto feroz y fuertes aletazos de los buitres. Girando en su estrecha área de muerte, el pobrecito pudo evitar un tiempo el gancho de sus enemigos, pero no tardó en recibir un primer picotazo que le vació una órbita. Tuerto y sangrando, ya se percató mal, y pronto el garfio de otro cóndor lo dejó ciego. Inmediatamente los rapaces se tiraron encima de él, e iban a empezar el festín cuando la carabina del Nenrod puso coto a la trágica escena. Por fortuna, la guanaca tiene, cuando no el valor para la defensa, al menos un recurso contra los ataques del cóndor. Como si entendiera que éste necesita un espacio expedito donde tomar carrera para poderse remontar, y que por lo tanto no se atreve a bajar a sitios embarazados en donde permanecería sin salida, busca

ella lomas breñosas y pedriscales a donde se acoge con el hijuelo siempre que se ciernen en alto aquellos bandidos del aire. En diversas ocasiones disfrutó el señor Etchepare el espectáculo: guanacas que huían a parajes llenos de obstáculos, y cóndores que, caídos del espacio, la azotaban al pasar con furiosos aletazos para atemorizarla y ahuyentarla de su refugio, y ellas, temblorosas, inmóviles, cobijando con el cuerpo al hijuelo, soportando las acometidas hasta que, frustrados en su táctica y codicia, desaparecieron por fin los hambrientos rapaces.

Pero, cuando el enemigo es algún puma, no hay para la familia otro expediente que la fuga. Cierta tarde, por una pendiente desnuda, distante unos 1.200 metros, observó D. Miguel a una guanaca corriendo, seguida de su pequeñuelo. A cada momento, miraba ella hacia atrás, e incitaba a éste a que acelerase la carrera. Sorprendido, investigó el cazador cual sería la causa de tanta inquietud, y a 1.000 metros columbró a un león que, a toda velocidad, iba en seguimiento de los fugitivos. El desenlace no era dudoso: a cada minuto se acortaba el intervalo entre ellos, con el cansancio se rezagaba cada vez el animalito, y al puma ya se le hacía agua la boca cuando una bala le fué a caer entre las patas. Detúvose la fiera en seco, paseó la mirada por todo el valle, ojeó el grupo de hombres, y dando una media vuelta prudente desapareció como un celaje.

Cayendo una granada bajo el plomo del cazador, permanece el hijuelo junto al cadáver, exhalando gemidos y lamiendo a su madre como para llamarla. Para apresarlos vivos, basta rodearlos entre varios, o perseguirlos cuesta arriba en cuya ascensión se extenuan pronto y tendido se entregan exhausto. Su crianza es delicada. El señor Etchepare que, en sus 26 años cinegéticos, cogió buen número de ellos, llevaba a la Cordillera una yegua en lactación que les sirviera de nodriza, y logró así conservar la vida a uno que otro. Probó también a alimentarlos con leche condensada, pero invariablemente contrajeron una disentería que,

en dos días, acabó con ellos. Otro problema era traerlos desde las cumbres argentinas hasta la residencia de "El Canelo": durante los cinco días de caminata, venían encogidos en los brazos de un jinete cual si fuesen infantillos. Así cautivados chicos, se crían bien en domesticidad, tanto en su país de origen como en otros continentes, según lo atestiguan muy felices ensayos hechos en Europa, mientras que siempre han fracasado los intentos de aclimatar la alpaca en el Viejo Mundo, en Norte América y Australia. El guanaco reconoce a su amo, y en los meses juveniles le demuestra y hace cariño. Una vez adulta, conserva la hembra la misma mansedumbre; el macho, por su parte, se vuelve más o menos huraño, y tiene sus horas de indisciplina franca. También se reproduce bajo el dominio humano, pero no con la regularidad y éxito que les asegura la libertad montañesa.

2.º LAS COSTUMBRES: ~ 1 u v características las tiene.

Según los relatos de Gay, las manadas manifestaban *gran curiosidad* a la vista del hombre, aproximándose a las caravanas para examinar mejor a los viajeros. Hasta cuéntase que el puma explotaba esta maña de inquisidores en pro de los propios colmillos, echándose de espaldas y pataleando como un clown de circo, y que, atraído por tales payasadas, el guanaco acudía a ver la novedad, y de esta suerte se ponía al alcance de un brinco y de las garras de la astuta fiera. En la actualidad, este espíritu de entremetidos se ha modificado: el estampido de los rifles enseñó a la especie la circunscripción; sólo aquéllos que no han oído aún detonaciones siguen paciendo sin preocuparse de la cercanía del hombre, los demás que saben lo que es carabina, ya por el ruido y el silbido, ya por los balazos recibidos, ya por las víctimas vistas, toman las de Villadiego apenas reparan en siluetas humanas, aunque valles y barrancos los separen aún de ellas.

Son muy enojadizos.— Indican primero su des-

confianza o descontento estirando en alto el largo pescuezo, arqueando la cola y echando atrás ambas orejas. Si sospechan ser enemigo o temible el que se les presenta, o si se les provoca con ademanes, emplean su medio de defensa: con esfuerzos musculares aspiran las hierbas a medio digerir que contiene su estómago, las hace subir hasta el hueco exterior de los respiradores, y con soplo enérgico arroja a cinco y siete metros, hacia la persona displicente, este proyectil mucoso y hediondo, y con tan certera puntería que no yerran el tiro si no se les esquivo con rapidísimo regate.

En las usanzas cotidianas *son rutineros* o, si se quiere, *sistemáticos*. Menos cuando se ven perseguidos, y entonces se empujan con suma presteza y sin traspies a las más escarpadas rocas, andan de valles en lomas a paso lento, comiendo sin cesar. Para evitar cansancios inútiles, siguen los caminitos en forma de eses, y muy iguales en curvas y en ancho, que la uña de sus antepasados ha escarbado en las subidas más recias, o que van abriendo y trillando los rebaños modernos en sus andadas en fila india, sendas perfectamente graduada que no logran borrar los inviernos. ¿No revela esta peculiaridad un instinto como reflexivo de consumado alpinista y de ingeniería innata?... Si pace de continuo, tiene sus horas invariables para beber: mañana y tarde va en demanda de algún río, manantial, o laguna, que le propinen agua límpida y fresca.—Para desgrasarse la lana y refocilarse el cuerpo gusta de darse vueltas en los parajes arenosos, y más aún en los suelos gredosos. Por este motivo, los indios Onas, en la Tierra de Fuego, los apodan “hijas de la arcilla amarilla”, y a la tal costumbre atribuyen el color del animal. Pero ésta tiene su reglamento tácito: el revolcadero es público y común, y se aprovecha en momentos y en un orden determinados. A la salida y puesta del sol, el capitán de un hato empieza el ejercicio higiénico de revolverse en el polvo, y después de él todos sus súbditos, uno tras otro, sin atropello ni pretensiones de primacía, se revuelcan en el preciso sitio que pronto forma una

pequeña cavidad, y en seguida se incorporan a los precedentes que prosiguen su viaje o su comida. Estos revolcaderos los utiliza cualquier bandada o individuo que los halla a su paso.— Así mismo, los waterclosets son comunes y fijos, es un paradero obligatorio para cualquier rebaño o solitario que camine por los contornos: cada cual excrementa en el montón general que a las veces llega a ser muy considerable, precisión y práctica admirables de que carecen nuestros animales domésticos, y cuyo resultado, como calculado, es conservar limpios los pastos y poderlos saborear sin asco.

Tales hábitos, que el cautiverio no destruye, y a los cuales eran fieles los guanacos que D. Miguel había traído de la montaña recién nacidos, prueban un atavismo tenaz y cierta dosis de inteligencia. Esta aparece igualmente en las industrias de que se vale la hembra para proteger y defender a sus débiles descendientes; por esto protestó siempre el señor Etchepare, y con su vigorosa energía vascónica, contra la aserción de Gay que les niega tal facultad.

3.º SU CAZA: En el Norte, en tiempos antiguos, se perseguía con jaurías adiestradas a un rebaño entero, encaminándolo a algún cerro pelado en cuya cima se aglomeraban los fugitivos, y acorralados allí por perros y hombres, sin la menor escapatoria, o perecían todos a lanzadas, o caían en el nudo de los lazos. En Bolivia, en lugar de canes, eran trescientos y hasta mil indios montados los que ponían cerco a una montaña; formados en inmenso círculo, trepaban a paso igual, con griterías y trompas salvajes, ahuyentando cresta arriba a cuantos animales ocultaba el monte; y eran hasta quinientos guanacos los que perdían en la cumbre la libertad o la vida. En lo presente, los patagones los cazan a caballo y con boleadoras, a la usanza primitiva; los fueguinos, en extensas batidas con perros, empujan la manada hacia un sitio en donde, disimulados en hoyos o en la espesura de los árboles, los aguardan arqueros de puntería segura; los civilizados usan cara-

binas y rifles que pronto concluirían con la especie si los Andes no la amparasen desde Magallanes hasta Bolivia. Es además *un ruminante vivaz* que muy rara vez se rinde al primer balazo. Herido, ya no corre más, pero se aleja tranqueando sin detenerse mientras puede caminar; le sucedió a D. Miguel meterle a uno 8 balas dum-dum, yendo tras él de quebradas en quebradas, antes de verlo caer casi desmayado. Por la agudeza de su vista y olfato, es difícil acercárseles; de ordinario es preciso sorprenderlos, asomándose sin ruido por encima de lomas o peñascos que dominan los pastos, o dispararles desde lejos. Si se trata de una manada, el Nemrod avezado hace los puntos al jefe; tumbado el cual, quedan las hembras y jóvenes por unos momentos desorientados e indecisos, rato suficiente para matar varios en un rápido y certero tiroteo. Por lo que es ahora, no se encuentran ya rebaños de numerosas cabezas. Sin embargo, lejos está la especie de un peligro de extinción como la del huemul. Acampaba el señor Etchepare en cuatro sitios distintos, los mismos cada año y de ahí, durante sendas semanas, recorría de alba los contornos: en este período, de 140 a 160 guanacos eran el trofeo del cazador, lo cual prueba que no escasean aún. Calculaba él, fundándose en la suma de los que veía en su área de operaciones, que la Cordillera chileno-argentina alimentaba todavía unos veinte mil, pero la inmensa mayoría en la vertiente más herbosa de la vecina República.

4.º UTILIDAD: A más de haber dado origen a las variedades citadas, el guanaco prestó servicios a las antiguas generaciones. Los araucanos los empleaban como bestias de carga y de agricultura, hilaban la lana, o se vestían con los pellejos al natural. Con el cuello fabricaban lazos. Machis y curanderos extraían los residuos estomacales para elaborar medicinas sumamente caras. En la isla Mocha el navegante inglés Francis Drake halló, en 1578, grande crianza de esos ruminantes que fueron desde entonces, para los insulares,

artículo de intercambio con los filibusteros del Pacífico. En la misma ciudad de Santiago los aguadores los usaban en el acarreo de sus odres, y en la venta del líquido potable a domicilio. Los modernos hacen, con el vellón curtido, suaves y elegantes alfombras de salón, y con la carne un charqui de sabor un tanto fuerte. Los patagones convierten los cueros en capas muy resistentes y en toldos impermeables para sus chozas.

Como se vé, es un animal interesante en la escasa fauna de los mamíferos chilenos.

Los Angeles, 15 de Octubre de 1929.

